

como las espinas se convierten en rosas. Bendecireis una y mil veces esta resolucion de marchar por él, porque el Señor os dispensará grandes consuelos, y, por último, os hará participantes de su misma felicidad en el cielo, que os deseo á todos.

DIVISIONES.

CAMINO ESTRECHO Y ANCHO.—Preparar el camino al Señor, es retraer á los pecadores del camino ancho.

Preparar el camino al Señor, es poner á los pecadores en el camino estrecho.

CAMINO ESTRECHO Y ANCHO.—El camino estrecho, ó sea el camino de la salvacion, es el más fácil de encontrar y el que se presta más á extraviarse.

El camino ancho, ó sea el camino de perdicion, es el que más fatiga, aunque se anda por él con mayor complacencia.

Véase: SALVACION.

CAMINO DE LA CRUZ

Ó VIA-CRUCIS.

Eceamus ad eum extra castra, improprium ejus portantes.

Salgamos á él fuera de la ciudad, sigámosle cargados con su improprio.

(Hebr. xiii, 13.)

Una de las devociones más excelentes, y que más eficazmente contribuyen á nuestra santificacion, es la conocida con el nombre de *Via Crucis*: devocion moderna, si se considera en su forma, pero tan antigua como el cristianismo, si se estudia en sus motivos, y cuya propagacion tan rápida como universal en las diversas iglesias del mundo cristiano, puede considerarse como una grande y tal vez última manifestacion de la divina misericordia en nuestros tiempos de frialdad y de indiferencia: devocion la más rica en enseñanzas, en consuelos, en frutos de gracias y de virtudes, en toda suerte de bendiciones espirituales: devocion propia y singular, que está al alcance de las almas más sencillas, sin dejar por esto de ser muy digna de los espíritus mejor cultivados; que conviene á toda edad, á todas las situaciones del alma, á todas las condiciones sociales; á los niños, cuyo corazon tierno y sensible se abre tan fácilmente á las piadosas impresiones que excita la vista de la inocente Víctima, padeciendo y muriendo por nuestros pecados; á los ancianos, que tienen tanto que llorar por los extravíos de su juventud, y cuyos ojos enjutos no encontrarán un manantial de lágrimas para borrarlos, sino en la contemplacion de las llagas de Jesucristo; á los hombres maduros de todas las clases, que tan poco oran, porque muchas veces no saben orar, y que deben agradecer sobremanera se les ofrezca un método sencillo y fácil de cumplir con perfeccion este deber importante; á las doncellas y á las madres, que al parecer recibieron de las mujeres de

Jerusalén, como legado, la dulce y santa compasión por los dolores del Salvador, siendo las únicas que se mostraron sensibles entre la muchedumbre que le acompañaba al Calvario; á los ignorantes, que, merced á esta piadosa práctica, tienen una fórmula compendiada de las verdades de la fe y de los preceptos de la moral; á los sabios, que por ella pueden elevarse á las consideraciones más sublimes, y aprender la sola ciencia, que no es vanidad, la sola sabiduría, que no es locura: devoción igualmente provechosa al afligido, cuyo dolor mitiga con la consideración de un dolor más extremado é inmerecido, que al dichoso del siglo, el cual no puede perdonarse las delicias de una vida afeminada y sensual, contemplando las amarguras que los deleites ajenos costaron al Hombre-Dios; al justo, al que inflama con el aliciente de una santidad, y la emulación de una virtud más perfecta; y al tibio, á quien despierta de un adormecimiento y languidez parecidos al estado de la muerte; al pecador, al que excita á detestar sus vicios por el motivo que más conduce á formar de él un hombre nuevo; y al penitente, al que ningún caritativo Ananías puede prescribir como remedio y preservativo una satisfacción más meritoria, que el frecuentar este camino sagrado: devoción, que merece y debe ser amada de toda alma católica, por la sola circunstancia de haberla recibido de nuestra madre la Iglesia: devoción, que el mismo incrédulo debe reverenciar, porque la pasión y muerte de Jesucristo, que ella ofrece á nuestra vista, es y será siempre el acontecimiento histórico más propio para impresionar á todo espíritu inclinado á las meditaciones graves; acontecimiento maravilloso, solemne, monumental, que domina todos los tiempos y todas las épocas desde lo alto de esa cruz, levantada en medio de los siglos, para juntarlos y explicarlos: devoción, en fin, que con profundísimo gozo vemos propagarse y florecer en el mundo católico, y que con tanta mayor confianza proponemos á la religiosidad de nuestros hermanos, cuanto son ya pocas las iglesias que no posean este rico tesoro, y que no estén adornadas con la santa representación de las escenas dolorosas, por las cuales conseguimos gracia, perdón y paz. Pero hora es ya de entrar en algunas explicaciones, que justifiquen los elogios que acabo de tributar á una devoción tan bella como tierna; y á fin de hacerlo con método, os demostraré, primero: que es una devoción venerable por la antigüedad y santidad de su origen: segundo, que es una devoción grande por los recuerdos de gloria que despierta en nosotros; y, por último, que es una devoción preciosa por las gracias que la acompañan y por los privilegios con que ha sido enriquecida. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Para hallar el origen de la devoción del Camino de la cruz, camino, hermanos míos, que os exhorto á seguir, es preciso remontarnos por la serie de los siglos, siguiendo sin detenernos hasta el Calvario. Al pié de esta colina, eternamente célebre, es donde tal camino empieza, porque en ella es donde murió el Hijo de Dios. Sí; nuestro adorable Salvador es el primero que entró en él, el primero que lo recorrió de uno á otro extremo; ó mejor, él es quien lo abrió y trazó, dejando impresas en el mismo las huellas de sus plantas ensangrentadas; él es el que, aceptando para sí todos los rigores y asperezas, allanó las escabrosidades para que no tropezáran sus seguidores. ¿Qué nos demanda á nosotros, los culpables? Solo que lo reguemos con nuestras lágrimas, cuando él lo bañó con su sangre. En el prolongado trecho, que media desde la casa de Pilatos hasta la cumbre del Gólgota, no hay un solo punto, que no le costase el esfuerzo más doloroso, ni una aspereza, que no le lastimara ó desgarrara. ¿Le dejaremos caminar solo por esta Via dolorosa?

En pos de Jesús, ó mejor, junto con él, y siguiéndole tan de cerca como permitían sus fuerzas gastadas por el dolor, y las turbas deicidas, que se aglomeran en torno de la dulce víctima, vemos caminar á María, su santa madre, luego al *discípulo amado*, al que Jesús eligió, por lo mismo, como testigo y compañero de este camino doloroso; pues Dios gusta de que *empiecen por apurar su cáliz, aquellos que ama acercar á su diestra*. ¡Feliz discípulo, que, en premio de su fiel cariño, mereció recoger de manos del Salvador el legado más precioso, que un amigo moribundo pueda hacer á otro amigo, el legado de una madre, privada desde aquel día de su único hijo! No hablemos de los jueces iníquos, ni de aquella soldadesca rabiosa, ni de aquel pueblo delirante, que únicamente respiraban sangre y odio; pues si también seguían el Camino de la cruz, era para mengua y perdición suya; mostrándonos con su triste ejemplo, que no nos santifican los lugares más santos, ni la sociedad de las personas más virtuosas, ni las prácticas más meritorias, si las disposiciones de nuestra alma no corresponden á estos auxilios exteriores. Pero, ¿podríamos sin injusticia trascordaros á vos, piadoso Centurion, que en el Camino de la cruz hallasteis el del cielo; y á vosotras, desoladas mujeres de Sion, que acompañasteis con vuestros gemidos la comitiva fúnebre del Hijo del hombre, haciéndoos tan célebres por vuestra caridad compasiva como la Magdalena por su prodigalidad generosa, do quiera que el Evangelio fuere predicado?

Ciertamente, la devoción del Camino de la cruz puede, con legítimo derecho, gloriarse de tan santo origen. ¿Qué tienen que echarle

en cara aquellos censores descontentadizos, enemigos de la devoción dulce y tierna, que quisieran despojar al cristianismo de toda su importancia patética, de toda su unción, para no dejarle más que exigüas apariencias? ¿No está autorizada con suficientes é ilustres ejemplos? ¿No se recomienda por una antigüedad bastante remota y pura? ¿Se nos increpará el que atesoremos la gracia en los manantiales mismos de la redención, porque nos traslademos con el pensamiento á los lugares, desde donde ella se derrama por el universo, y porque nos representemos clara y vigorosamente esos cuadros interesantísimos, en los cuales la gracia brotaba de cada una de las llagas del Salvador como de otras tantas fuentes? Pero, en este caso, será preciso inculpar á los primeros fieles de la Iglesia naciente, al *reducido y dichoso rebaño* de neófitos, que el Salvador reunió en Jerusalem, y que tanto más penetrados debían hallarse del espíritu del cristianismo, cuanto más reciente y profundamente sentían su impresión. Procediendo, empero, de buena fe; ¿quién dudará, que aquellos fervorosos discípulos de la cruz, que aquellos apóstoles nacidos en el Calvario para la fe cristiana, no se impusieran como deber, desde los tiempos inmediatos á la muerte de Jesucristo, la dulce costumbre de ir á meditar sobre las huellas todavía sangrientas del Maestro, y recoger, por decirlo así, en cada una de sus estaciones, la virtud divina que de él brotaba y daba la salud á todos? El que de ello pueda dudar, interroga los monumentos erigidos en el lugar mismo donde se cumplieron estos misterios; interroga las tradiciones siempre subsistentes, á despecho de los tiempos y del paso de los hombres, que hacieron ruinas sobre ruinas dentro de la infiel Jerusalem; tradiciones, que determinan con precisión los lugares testigos de las diversas circunstancias de la pasión, conocidos de tiempo inmemorial con los mismos nombres que aun tienen, atestiguando, sobradamente, que la piedad cristiana pudo frecuentarlos desde un principio, gracias al esmero religioso con que se ha procurado conservar aquellos augustos recuerdos.

2. Pasada la época de la persecución, durante la cual la fe proscrita solo osaba manifestarse con timidez, la devoción á los santos lugares se aprovechó luego de la paz y libertad restituidas á la Iglesia, cuando el advenimiento del gran Constantino al trono de los Césares. Ved como en pos de aquellos fieles oscuros ú oprimidos, que visitaban misteriosa y escondidamente el suelo consagrado por los padecimientos del Hombre Dios, acude todo lo más grande que Roma encierra, la nobleza, el talento, la ciencia y la virtud; un S. Jerónimo, prodigio de saber y de penitencia; ilustres damas romanas, entre ellas una

Paula y una Eustoquio, más grandes por su fe que por la sangre de los Escipiones que en sus venas circula; las mismas majestades imperiales, una Elena, más satisfecha, si así puede decirse, de haber encontrado el sacro leño, depósito de los últimos suspiros de Dios, que del título de *augusta* que el senado acababa de conferirle; teniéndose, sin duda, por más rica con este tesoro, que con los despojos de las naciones que la victoria ponía á sus piés, y por más feliz de respirar á la sombra de los santuarios, que erigió sobre el santo sepulcro y el pesebre de Jesucristo, que de morar en los palacios debidos á la fortuna de su hijo y á su propia virtud.

Después, cuando nuevas tinieblas vienen á oscurecer esta nueva gloria de Jerusalem, cuando el feroz musulmán huella con pié estúpido y sacrilego el glorioso polvo que los misterios de Jesucristo santificaron; de repente, un rumor se percibe á lo lejos, rumor semejante al que el mar produce cuando impetuosamente estrella sus olas en la playa; rumor de un pueblo que avanza, de un pueblo inmenso, que conmueve la tierra bajo sus pisadas, del Occidente en masa, que desquiciado se precipita sobre el Asia al grito de *Dios lo quiere*. ¿A dónde van tantos príncipes, tantos guerreros y varones esforzados de corazón intrépido y alma llena de fe? Van á libertar la ciudad santa de una sujeción odiosa, á conquistar el libre acceso al santo sepulcro, al sepulcro de aquel que dió la libertad al mundo. Ante su valor caen precipitados los más fuertes muros, las más altas torres, las puertas de hierro y bronce, y, por fin, entran victoriosos en la ciudad, que de tan lejos vinieron á conquistar. Y ¿qué espectáculo, tras los primeros desahogos concedidos á la exaltación del triunfo, va á ofrecernos su fe, venciendo el triunfo mismo? Todo el ejército, de hinojos, postra en el suelo la sumisa frente; todos aquellos leones, poco antes tan bravos, trocados de repente en mansos corderos, lloran y sollozan como se llora la muerte de un padre; los arrogantes varones, los poderosos jefes comparten la emoción de sus tropas; y Godofredo de Bouillon, el rey que se han impuesto, sigue descalzo la Via dolorosa con su noble cabeza descubierta, porque no quiere la ciña corona de oro en el mismo lugar donde el Rey de los reyes la ciñó de espinas.

Gracias á este magnánimo fervor, la devoción á los santos lugares comunicase instantáneamente como un relámpago por todos los ángulos del mundo cristiano: durante un siglo, las calles de Jerusalem, la tierra y el mar, púebanse de peregrinos ansiosos de contemplar el inmortal sepulcro, que acaba de ser arrancado del poder de los infieles, deseosos de enriquecer con sus ofrendas los santuarios de la

Palestina. ¡Oh época gloriosa! sea cual fuere el juicio que de ti forme la posteridad, á lo menos no podrá decir, que faltase corazon á tus guerreros, ni que la cruz de Jesucristo sonrojase á tus cristianos. ¡Cuán distantes se hallan de aquellos tiempos de fervor los nuestros de languidez y tibieza! Ahora, apenas una que otra caravana conduce á la Palestina pocos y tardíos adoradores; apenas algunos cánticos entonados á media voz por temor del árabe, interrumpen de vez en cuando su triste silencio, y dispiertan el eco de sus soledades. A los santos y á los hombres de fe, han sucedido los sabios amantes de ruinas y de monumentos históricos, literatos y poetas, que buscan colores para sus cuadros, é impresiones para su alma de artistas. Sin embargo, es tal la majestad de los recuerdos impresos en aquella tierra de misterios y prodigios, que muchos de los que fueron allá guiados, tal vez, por la sola gloria mundana que granjea la ilustracion de los viajes, como sobrecogidos de santo temor hácia el mismo Dios, que á sus ojos se manifiesta en los lugares de su suplicio y de su gloria, hánse inclinado ante el escenario de la cruz como la gente más sencilla del pueblo; y, seguramente, la página más brillante de sus *itinerarios* es la que escribieron inspirados al pasar por la via sacra.

3. ¿Quién de vosotros, hermanos carísimos, no tendria por uno de sus dias más felices, el en que pudiera contemplar á ojos vistas aquella tierra privilegiada, donde todo es maravilla, misterio y reliquias, todo, hasta las colinas y los valles, los bosques y las fuentes, y el mismo polvo de los senderos? ¿Quién no aplicaria afanoso sus labios al terreno venerable, que recibió la impresion de los pasos de Jesucristo, y encanto tras encanto no visitaria sucesivamente el Cenáculo, el monte Sion, el torrente del Cedron, el huerto de los Dolores, la columna del *Improperio*, el Calvario, y el Sepulcro? Si empero la distancia os arredra, si la edad ó los achaques os detienen, si vuestras necesidades cotidianas ó el cuidado de una familia, ó las exigencias de un estado, y los mil lazos y compromisos que en el mundo os ligan, no permiten que emprendais tan largo viaje, la Iglesia ha prevenido esta necesidad: hé aquí como su caridad ingeniosa é inagotable halló el secreto de trasladaros á Jerusalem, sin que tengais necesidad de abandonar vuestros hogares. Amortiguado el celo por la santa peregrinacion, al entibiarse la piedad y al crecer el temor de las dificultades y peligros inherentes á un largo viaje en tierras inhospitalarias; conmovióse el corazon de los sumos Pontífices, considerando, que los más de los fieles se verian privados de las singulares mercedes vinculadas á aquella visita, si no se hacia de las mismas

una aplicacion mas lata que hasta entónces. Lastimándose, pues, en su paternal solicitud, de la muchedumbre de pobres, niños, ancianos, justos y pecadores, almas tibias ó fervorosas, que por diferentes óbi-ces se hallaban distantes ó separadas del camino de la santa ciudad, y usando de los plenos poderes que tienen para distribuir el tesoro de la Iglesia, aplicaron á la Via figurada de la cruz los mismos privilegios con que sus gloriosos antecesores enriquecieron la Via real del Calvario. Mas hicieron: para quitar toda excusa á la apatía, todo pretexto á la indiferencia, permitieron, que esta Via santa se instituyese en todas las iglesias, en todos los oratorios públicos, y, en caso de necesidad, aun en las capillas privadas, poniéndonos, en cierto modo, más y más cerca de la salvacion, hasta dejarla en nuestra mano, y abriendo, por decirlo así, esta fuente de gracias á la puerta misma de nuestras casas, al efecto de que todos podamos libremente y sin fatiga beber las aguas de la vida eterna. Por tanto, hermanos míos, cuando practicais este santo ejercicio, siguiendo paso á paso, con el corazon compungido, las varias escenas que se representan en los pasos que teneis expuestos á la vista, ganais las mismas indulgencias y participais de los mismos tesoros espirituales, que si visitaseis los santuarios de la Judea; y únicamente de vosotros depende el que, en el ardor de vuestra fe, os penetreis de los mismos sentimientos que os animarian en presencia de aquellos monumentos venerables.

Acabais de oír, hermanos, aunque en bosquejo, la historia del Camino de la cruz; réstame ahora explicaros algunos de los beneficios que su práctica proporciona. Primeramente, ciñéndome al beneficio de la enseñanza, el Camino de la cruz es una escuela donde, mejor que en parte alguna, podemos estudiar los misterios de la fe y adquirir su conocimiento, no solo abstracto y especulativo, que no penetre en el espíritu, sino íntimo y afectuoso; que se grabe profundamente en el corazon. Un cristiano fiel á la práctica de este santo ejercicio, aunque carezca de estudios y letras, ¿podrá jamás ignorar ú olvidar las verdades esenciales de la salvacion, cuando éstas se reproducen de continuo á su vista en imágenes y escenas representadas con toda verdad? Seguidle, seguidle en el Camino de la cruz, y ved ¡con qué majestad de conjunto, con qué precision de detalles se manifiesta á vuestros ojos toda la sublimidad de la religion! En primer lugar, Dios, con sus adorables perfecciones; su grandeza revelada hasta en los menores padecimientos de la víctima; su poder, cuya accion soberana muéstrase aun más admirable en la regeneracion del hombre, que en la creacion del mismo; su sabiduría, que tan maravillosamente concilia los derechos de la justicia con los de la misericordia; su santi-

dad tan celosa, que hiere al inocente por mirarle revestido de las apariencias del criminal; su justicia tan rigurosa, que *no perdona ni aun á su propio Hijo*; su bondad tan incomprensible, que entrega á la muerte á su Unigénito para salvarnos; Dios con sus misterios; la Santísima Trinidad, recordada en cada una de las estaciones por la doxología que las termina, tributando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, una gloria igual y distinta: gloria al Padre, que ordena el sacrificio; gloria al Hijo, que lo acepta con resignacion; y gloria al Espíritu de amor, que sostiene á la víctima en su agonía mortal; la Encarnacion, porque ese Jesús, á quien contemplais cargado con su cruz, es el mismo Salvador concebido por una virgen, que nació en un pesebre, que siendo, no por usurpacion sino por esencia, igual á Dios, anonadóse no obstante á sí mismo, tomando la forma ó naturaleza de siervo; la Redencion, porque allí fué pagado nuestro rescate: este es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, éste el Varon de dolores, que toma sobre sí nuestras dolencias y pecados, y carga con nuestras penalidades; la Eucaristía, porque ese cuerpo que él abandona á los ultrajes del pueblo y de los soldados, es la misma carne que en su última cena dió á su Iglesia, para servir hasta el fin de los siglos de alimento á los justos; el Bautismo, la Penitencia, y todos los Sacramentos, porque esta sangre, que mana de todas sus llagas, es tambien la misma, cuya virtud recibimos por aquellos conductos de la divina gracia, al objeto de curarnos, levantarnos, y conservar y fortalecer en nosotros la vida celestial. Luego, en contraposicion de los misterios y de las perfecciones de Dios, los misterios y las debilidades del hombre.

Es observacion, que data de muy antiguo: la historia de nuestra caida se encuentra reproducida con todas sus circunstancias en las escenas de nuestra redencion, y esta sorprendente conformidad no es, por cierto, uno de los hechos que ménos merecen llamar la atencion del hombre pensador, no pudiendo atribuirse á la casualidad tales coincidencias. Aquí, como en el primer cuadro de la creacion, vemos un huerto, un hombre, una mujer, un árbol misterioso: el nuevo Adán, que cumple lo que faltaba á la penitencia del primero; la nueva Eva, verdadera *madre de los vivientes*, no condenada ya como la primera á parir solo muertos; el leño, que vence al infierno, el cual con el leño habia triunfado. Jesús, despojado de sus vestidos, es el primer padre despojado de sus honores, echado ignominiosamente *del jardín delicioso*, que se avergüenza de su desnudez cuando ya no le vela la inocencia. Jesús, cayendo tres veces bajo el peso de la cruz, es el hombre rendido bajo la triple concupiscencia de los

ojos, de la carne y del orgullo; tres grandes heridas que recibió al caer: una, en su entendimiento oscurecido por la ignorancia; otra, en su voluntad depravada por la concupiscencia; otra, en su cuerpo entregado á las miserias de la vida y á los horrores de la muerte. La corona de espinas, que Jesús ciñe, y el jiron de púrpura, que cubre sus espaldas, ménos que una señal de escarnio para la multitud, son el ridículo con que Dios castiga la pretension insensata, que el primer Adán concibió de hacerse semejante al Altísimo. ¿Qué más os diré, queridos hermanos? *Vosotros mismos buscad y encontrareis*; y vereis, que las escenas de la pasion, bien estudiadas, bien meditadas, ofrecen otras muchas semejanzas y aplicaciones no ménos evidentes que las que acabo de exponeros: el cristianismo entero, el cielo y la tierra, Dios, el hombre, y el mediador, que los une, todo está allí. Se ha encontrado ya el *libro del pueblo*, que con tanto afán buscan los pretendidos maestros del vulgo; y aun el *libro del sabio*, si éste quiere aprender lo que más le importa saber y creer; lean en la cruz de Jesucristo y en el santo Camino que nos representan sus misterios, así como nos lo representan tambien las espinas, los clavos, el leño y la sangre.

4. La práctica del Camino de la cruz no solo nos ofrece una gracia de enseñanza; su principal objeto, cual el de todas las devociones que la Iglesia señala á la emulacion de los fieles, es hacernos buenos más bien que sabios; y santificar y convertir nuestras almas, más bien que ilustrar nuestro entendimiento. Escuela de las enseñanzas más augustas y profundas, el Camino de la cruz lo es principalmente de deberes, y un curso el más completo de las virtudes evangélicas; con la particularidad, de que aquí, el maestro es á la vez el modelo, y de sus labios no sale una sola enseñanza que no sancione y persuada con la autoridad de su ejemplo. Pecadores, que deseais salir del triste camino por dó se precipitan vuestros pasos, no puedo daros mejor consejo que el de entrar en el de la cruz de nuestro Salvador. ¡Oh, qué amor, qué sentimiento, qué incentivo de justicia, qué atroz recuerdo de la inocencia perdida no produce en el alma infiel la contemplacion de esas escenas desgarradoras! ¿Cómo amar el pecado, y perseverar en él, ó mejor, cómo no odiarlo, llorarlo y apartarlo horrorizado léjos de sí, cuando el pecador reconozca, que él fué la causa y el instrumento de tantas ignominias y padecimientos? ¿Podrá el orgullo mantenerse en presencia de un Dios reducido al mayor abatimiento, para expiar con esa prodigiosa humillacion las injusticias de nuestra soberbia? ¿Podrá la sensualidad no sonrojarse de sí misma y de sus vergonzosos excesos, viendo las llagas abiertas por nuestros deleites criminales?

¿Es posible no ceda la ira en presencia de la admirable dulzura de esa víctima, la cual, durante el largo camino que se la obliga á recorrer, solo una vez abre la boca, y ésta no para quejarse de sus dolencias, sino para condolerse de las que amenazan á sus verdugos? ¿Puede la ojeriza dejar de extinguirse, aun en el corazón mas profundamente herido, al ver que una de las últimas expresiones del Salvador en su agonía, es de perdón y súplica por sus enemigos? ¿Quién no querrá obedecer la ley de Dios, viendo que el Salvador es *obediente á su Padre hasta la muerte de cruz*; ni qué penitencia parecerá dura al criminal, cuando vea al justo por excelencia tratado con tan excesivo rigor?

Y vosotras, almas fervorosas, ¿quereis justificaros más y más y santificaros? Ahí teneis el método más breve y seguro para adelantar en la virtud, para amoldaros á la imagen del Hijo de Dios, y para estudiar á ese modelo divino, que se os propone en la Via del Calvario. La perfección consiste en el amor, porque del amor nacen, como de otras tantas fuentes, las virtudes más eminentes y poderosas, la abstracción del mundo, la abnegación de sí mismo, el espíritu de sacrificio, el fervor para toda suerte de servicios y afectos. Y ¿en qué llama más viva y pura puede el amor encenderse, que en la que brota de las llagas de Jesús, foco el más ardiente de aquel fuego que inspiró á los santos sus generosos sentimientos, que les hicieron sobrepujarse á sí mismos, y les indujeron á los heroicos actos de virtud que admiramos en sus vidas? ¿Qué corazón no dejará de sentirse herido por las heridas del Salvador? ¿Cómo no amar á un Dios, que nos dió tan vehementes pruebas de su amor? Y si una vez os abrasais en este amor divino de caridad, ¿quién podrá deteneros en vuestra carrera? ¿Qué sacrificio os será costoso, cuando se trate de la gloria de Dios, de vuestro mejoramiento espiritual, de la dicha y salvación de vuestros hermanos? ¿Creereis nunca padecer bastante por un Dios, que tanto padeció por vosotros? ¿Temereis hacer sobrado por unas almas, que Dios redimió con su sangre?

A pesar de lo dicho, hermanos míos, apenas os habria revelado una mínima parte de las riquezas que abundan en la devoción de la Via sacra, si no os dijera alguna cosa acerca de los consuelos que ella prodiga á las almas atribuladas, y la paz que derrama en los corazones lacerados por el infortunio. ¿Cuántos, abismados en profunda tristeza, empezaron á recorrer *llorando* una y otra estación, *derramando* al pié de cada cuadro la *semilla* de sus oraciones y lágrimas, para *volverse* despues á sus tareas y tribulaciones diarias *con gran regocijo*, *recojidas en su seno gavillas* de resignación y de esperanza! *Euntes ibant et flebant mittentes semina sua: venientes autem venient*

cum exultatione, portantes manipulos suos. PSALM. CXXV, 6. Ciertamente; el aspecto de la felicidad no es el más á propósito para suavizar las penas de los afligidos; pues el misterioso organismo de nuestro corazón es tal, que, en sus amarguras, no puede distraerse sino compadeciendo una amargura mayor. ¿Qué será pues, cuando la miseria que se compadece es inmensa, obra toda de nuestras manos, é impuesta al paciente solamente por amor á nosotros! ¡Ah! y si en presencia suya tuviéramos valor de compadecernos de nosotros mismos, lágrimas para llorar nuestro infortunio, ¿no irá lo mas profundo de nuestro pesar á perderse y abismarse como una gota de agua en aquel océano de aflicción? Por lo demás, las santas tristezas del Evangelio distan mucho de tener el sabor amargo que tienen las del mundo; y si hay quien se admire, de que en unas escenas tan angustiosas pueda encontrarse lenitivo alguno, le haré esta sencilla pregunta: ¿ignoras la unión que Jesucristo vinculó en la cruz? ¿ignoras, que bendiciendo las lágrimas las hizo mil veces mas dulces que las risotadas licenciosas y los placeres de la tierra? Ea, pues; el que *andagobiado de trabajos y cargas, si quiere verse aliviado y recobrar el sosiego y la tranquilidad*, que apetece su alma, siga á Jesucristo en el Camino de su cruz: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.* MATTH. XI, 28. El que en sus amarguras no tuvo ningun alivio para sí mismo, rebosa en consuelos para cada una de nuestras heridas.

El que se lamenta de ser injustamente condenado por la opinión pública, infamado, quizá, por la sentencia de los jueces de la tierra, los cuales, á pesar de la investidura de su elevado cargo, de sus luces y de su integridad, no siempre están exentos de incurrir en error, triste imperfección inherente á nuestra naturaleza; vea á ese justo, condenado contra todas las leyes divinas y humanas, tratado como el más vil de los criminales, arrastrado á un suplicio infame, que, sin embargo, acepta humildemente sumiso, y en virtud de una sentencia contraria á todos los preceptos de justicia. El que diga, que ya no debe contarse con la amistad de los hombres, no teniendo que esperar nada de ellos, pues todos sus buenos oficios solo sirvieron para crear ingratos, considerándose abandonado del cielo y de la tierra... mire aquí á todo un Dios abandonado ó renegado por sus discípulos, injuriado por sus beneficios, odiado por su amor, y hasta en la hora suprema clamando en vano á su Dios y Padre: *¿Por qué me has abandonado?* El que buscando consuelos y almas compasivas que lloren con él, solo encuentra indiferentes que le fastidian con venales cumplimientos, mire aquí á un Dios, rodeado solo de corazones enjutos,

indiferentes ú hostiles, sin que nadie le ayude á llevar su pesado madero, á excepcion de un solo extraño, el cual, si aun se presta á este oficio caritativo, es á la fuerza y por miedo. El que padezca hambre, sed y desnudez, contemple á su Dios expuesto enteramente desnudo á las inclemencias en lo alto de un monte, no obteniendo, para refrescar sus enjutos labios, más que una bebida ácida y repugnante, cuando pide una gota de agua que temple su sed devoradora. El que carezca de asilo donde reclinar su cabeza, mire á su Salvador, que no puede reclinar la suya sino sobre agudas espinas. El agobiado de achaques y dolencias, que no le permitan descansar de dia ni de noche, mire esa sangre que borbotaba de las abiertas venas de Jesús, esa inmensa llaga que le cubre de piés á cabeza, *llaga irremediable, que el aceite no ha suavizado ni aparato alguno ha curado*. ¿Qué son, decidme, todos vuestros dolores comparados con este gran dolor? ¿Quién se atreverá á quejarse de llevar una parte de la cruz, cuando Jesucristo sucumbe bajo su peso?

Hermanos míos: si los puntos que acabo de someter á vuestra consideracion os han hecho alguna mella, no dudo abrazareis con amor una práctica, que por tantos títulos se recomienda á vuestros afectos y á los esfuerzos de vuestra solicitud; frecuentando esa Via dolorosa, tan venerable por la antigüedad y la santidad de su origen, tan grande por los recuerdos de gloria que despierta, tan preciosa por las gracias de que va acompañada y por los privilegios que la enriquecen; frecuentándola en compañía de Jesucristo, de su divina Madre, de sus fervorosos discípulos, y de los muchísimos é ilustres y santos personajes que en ella entraron antes que vosotros; frecuentándola en secreto, para vuestro consuelo, y en público, para la edificacion de los demás; en tiempos ordinarios y en las circunstancias más solemnes; en todas las épocas del año; pero, especialmente, durante la santa cuaresma, á la que tan oportunamente se aviene este piadoso ejercicio, en razon á los sentimientos de penitencia que inspira; siguiéndola, además, por las necesidades de la Iglesia militante y auxilio de la doliente; en toda afliccion, cuando presa de angustia, vuestra alma busque allí el consuelo y la paz; en todo desaliento, cuando abandonándoos vuestras fuerzas, y oprimiéndoos la tentacion, busqueis allí armas contra el enemigo de vuestra salud.

Con tanta más solicitud, amados hermanos, os recomendamos la santa peregrinacion del Camino de la cruz, cuanto más dolorosamente, si no la practicais voluntariamente para vuestra salvacion, tendreis que practicarla mal que os pese para vuestra pérdida. ¿Qué es, decidme, la tierra por dó peregrinamos los miserables hijos de Eva,

sino un valle de lágrimas y gemidos? ¿qué es el camino, que recorremos, sino una via penosa y escabrosísima, la verdadera Via de la cruz, el grito de todo hombre venido al mundo, la eterna queja de toda criatura debajo del sol? Los mismos á quienes se tiene por dichosos, ó que se jactan de serlo, lanzarán el mismo gemido, si proceden con sinceridad; pues es yerro creer, que los caminos del ambicioso, del licencioso y del impío sean mas llanos y suaves, por ocultar bajo risueñas apariencias las agudas espinas que los erizan. No hay remedio; condenados estamos á seguir un Camino de cruz; y si tan solo cedemos á la fuerza, si solo obedecemos á la dura necesidad, tendremos que andarlo sin consuelo, sin esperanza, con la amarga y desoladora idea, de que con ser tan árduo y pesado, acabará por conducirnos á un abismo. ¿No es preferible, pues, seguirlo con espíritu de penitencia, con humildad y compuncion de corazon, andando en compañía de Jesucristo, llevando la cruz juntamente con él, no á la fuerza, sino de buen grado y por amor; no por ser tal la triste y precisa condicion del hombre caido, sino por ser tal la gracia que la Redencion granjeó á la humanidad regenerada? De esta suerte, á lo menos, proseguiremos nuestra carrera trabajosa con algun valor, apoyados en la fe, guiados por la esperanza, y fijos los ojos en el término, que es el eterno descanso, y el colmo de la felicidad y de la gloria.

CAMPANAS.

Cinxit illum tintinnabulis aureis.

Puso al rededor de sus vestidos campanillas de oro.

(*Eccli. XLV, 10.*)

Acostumbraban los hebreos anunciar algunas de sus fiestas al son de trompetas: «Tocad las trompetas», decia David, *PSALM. LXXX, 4 ET 5*, tocad las trompetas en el novilunio, en el gran dia de vuestro